

ó fealdad espantosa que suelen dexar en el ánimo al acabarse de cometer los enormes delitos.

Pasó luego Hernan Cortés al quarto de Motezuma, que volvió en sí dentro de breve rato; pero tan impaciente y despechado, que fue necesario detenerle para que no se quitáse la vida. No era posible curarle, porque desviaba los medicamentos: prorumpia en amenazas, que terminaban en gemidos: esforzabase la ira, y declinaba en pusilanimidad: la persuasión le ofendía, y los consuelos le irritaban: cobró el sentido para perder el entendimiento; y pareció conveniente dexarle por un rato, y dar algun tiempo á la consideracion, para que se desembarazáse de las primeras disonancias de la ofensa. Quedó encargado á su familia, y en miserable congoja, batallando con las violencias de su natural, y el abatimiento de su espíritu, sin aliento para intentar el castigo de los traidores, y mirando como hazaña la resolucion de morir á sus manos. Bárbaro recurso de ánimos cobardes, que gimen debaxo de la calamidad, y solo tienen valor contra el que puede menos.

Impacien-
cias de Mo-
tezuma.

Su desesperacion.

CAPITULO XV.

MUERE MOTEZUMA SIN QUERER reducirse á recibir el bautismo. Envía Cortés el cuerpo á la ciudad: celebran sus exêquias los Mexicanos; y se describen las calidades que concurrieron en su persona.

Perseveró en su impaciencia Motezuma, y se agravaron al mismo paso las heridas, conociendose por instantes lo que influyen las pasiones del ánimo en la corrupcion de los humores. El golpe de la cabeza pareció siempre de cuidado, y bastaron sus despechos para que se hiciese mortal; porque no fue posible curarle como era necesario, hasta que le faltaron las fuerzas para resistir á los remedios. Padecia-se lo mismo para reducirle á que tomáse algun alimento, cuya necesidad le iba extenuando: solo duraba en él alentada y vigorosa la determinacion de acabar con su vida, creciendo su desesperacion con la falta de sus fuerzas. Conocióse á tiempo el peligro, y Hernan Cortés (que faltaba pocas veces de su lado, porque se moderaba y componia en su presencia) trató con todas veras de persuadirle á lo que mas le importaba. Volvióle á tocar el punto de la Religion, llamandole con suavidad á la detestacion de sus errores, y al conocimiento de la verdad. Habia mostra-

Agrávase
la herida de
la cabeza.

Diligencias
que se hi-
cieron para
su conver-
sion.

do en diferentes ocasiones alguna inclinacion á los ritos y preceptos de la Fé Católica, desagradando á su entendimiento los absurdos de la idolatría, y llegó á dar esperanzas de convertirse; pero siempre lo dilataba por su diabólica razon de estado, atendiendo á la supersticion agena, quando le dexaba la suya, y dando al temor de sus vasallos mas que á la reverencia de sus dioses.

Persuasiones de Cortés y de Fr. Bartolomé.

Hizo Cortés de su parte quanto pedia la obligacion de Christiano. Rogabale unas veces fervoroso, y otras enternecido que se volviese á Dios, y asegurase la eternidad recibiendo el bautismo. El Padre Fray Bartolomé de Olmedo le apretaba con razones de mayor eficacia. Los Capitanes que se preciaban de sus favorecidos, querian entenderse con su voluntad. Doña Marina pasaba de la interpretacion á los motivos y á los ruegos: y diga lo que quisiere la emulacion, ó la malicia (que hasta en este cuidado culpa de omisos á los Españoles) no se omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad.

Sus respuestas.

Pero sus respuestas eran despropósitos de hombre precito: discurrir en su ofensa, prorumpir en amenazas, dexarse caer en la desesperacion, y encargar á Cortés el castigo de los traidores: en cuya batalla, que duró tres dias, rindió al demonio la eterna posesion de su espíritu, dando á la venganza y á la ferocidad las últimas cláusulas de su aliento; y dexando al mun-

Muere obstinado.

do un exemplo formidable de lo que se deben temer en aquella hora las pasiones, enemigas siempre de la conformidad, y mas absolutas en los poderosos, porque falta el vigor para sujetarlas, al mismo tiempo que prevalece la costumbre de obedecerlas.

Fue general entre los Españoles el sentimiento de su muerte, porque todos le amaban con igual afecto, unos por sus dádivas, y otros por su gratitud y benevolencia. Pero Hernan Cortés, que le debia mas que todos, y hacia mayor pérdida, sintió esta desgracia tan vivamente, que llegó á tocar su dolor en congoja y desconsuelo: y aunque procuraba componer el semblante por no desalentar á los suyos, no bastaron sus esfuerzos para que dexase de manifestar el secreto de su corazon con algunas lagrimas que se vinieron á sus ojos, tarde, ó mal detenidas. Tenia fundada en la voluntaria sujecion de aquel Príncipe la mayor fábrica de sus designios. Habia se cerrado con su muerte la puerta principal de sus esperanzas. Necesitaba ya de tirar nuevas líneas para caminar al fin que pretendia. Y sobre todo le congojaba que hubiese muerto en su obstinacion: último encarecimiento de aquella infelicidad, y punto esencial que le dividia el corazon entre la tristeza y el miedo, tropezando en el horror todos los movimientos de la piedad.

Su primera diligencia fue llamar á los criados del difunto, y elegir seis de los mas principales para que

Sentimiento de los Españoles.

Envía Cortés el cadáver con sus criados.

sacasen el cuerpo á la ciudad ; en cuyo número fueron comprehendidos algunos prisioneros sacerdotes de los ídolos : unos y otros oculares testigos de sus heridas y de su muerte. Ordenóles que dixesen de su parte á los Príncipes que gobernaban el tumulto popular : „ Que allí les enviaba el cadáver de su Rey, „ muerto á sus manos, cuyo enorme delito daba nueva „ va razon á sus armas. Que antes de morir le pidió „ repetidas veces (como sabian) que tomáse por su „ cuenta la venganza de su agravio, y el castigo de „ tan horrible conspiracion. Pero que mirando aquella „ culpa como brutalidad impetuosa de la ínfima „ plebe, y como atrevimiento, cuya enormidad habian „ conocido y castigado los de mayor entendimiento y obligaciones, volvía de nuevo á proponer la paz, y estaba pronto á concedersela, viniendo los diputados que nombrasen á conferir y ajustar los medios que pareciesen convenientes. Pero que al mismo tiempo tuviesen entendido, que si no se ponian luego en la razon y en el arrepentimiento, serian tratados como enemigos, con la circunstancia de traidores á su Rey, experimentando los últimos rigores de sus armas: porque muerto Motezuma, cuyo respeto le detenía y moderaba, trataría de asolar y destruir enteramente la ciudad, y conocerian con tardó escarmiento lo que iba de una hostilidad poco mas que defensiva, en que solo

Amena-
za con esta
ocasion á los
sediciosos,

sin apartar-
se de la paz.

„ se cuidaba de reducirlos, á una guerra declarada en „ que se llevaria delante de los ojos la obligacion de „ castigarlos.”

Partieron luego con este mensaje los seis Mexicanos, llevando en los hombros el cadáver; y á pocos pasos llegaron á reconocerle, no sin alguna reverencia, los sediciosos, como se observó desde la muralla. Siguiéronle todos, arrojando las armas y desamparando sus puestos: y en un instante se llenó la ciudad de llantos y gemidos, bastante demostracion de que pudo mas el espectáculo miserable, ó la presencia de su culpa, que la dureza de sus corazones. Ya tenian elegido Emperador, segun la noticia que se tuvo despues, y sería dolor sin arrepentimiento; pero no disonarian al sucesor aquellas reliquias de fidelidad, mirandolas en el nombre, y no en la persona del Rey. Duraron toda la noche los alaridos y clamores de la gente, que andaba en tropas repitiendo por las calles el nombre de Motezuma con un género de inquietud lastimosa, que publicaba el desconsuelo, sin perder las señas de motin.

Algunos dicen que le arrastraron, y le hicieron pedazos, sin perdonar á sus hijos y mugeres. Otros, que le tuvieron expuesto á la irrision y desacato de la plebe, hasta que un criado suyo, formando una humilde pyra de mal colocados leños, abrasó el cuerpo en lugar retirado y poco decente. Pudose creer

Dolor de
los Mexica-
nos.

uno y otro de un pueblo desbocado, en cuya inhumanidad se acerca mas á lo verisímil lo que se aparta mas de la razon. Pero lo cierto fue que respetaron el cadáver, afectando en su adorno, y en la pompa funeral, que sentian su muerte como desgracia en que no tuvo culpa su intencion: si ya no aspiraron á conseguir con aquella exterioridad reverente la satisfaccion, ó el engaño de sus dioses. Llevaronle con grande aparato la mañana siguiente á la montaña de Chapultepeque, donde se hacian las exêquias, y guardaban las cenizas de sus Reyes: y al mismo tiempo resonaron con mayor fuerza los clamores y lamentos de la multitud que solia concurrir á semejantes funciones, cuya noticia confirmaron despues ellos mismos, refiriendo las honras de su Rey como hazaña de su atencion, ó como emienda substancial de su delito.

Pompa de sus exêquias.

Engaño de los que atribuyen á Cortés esta muerte.

No faltaron plumas que atribuyesen á Cortés la muerte de Motezuma, ó lo intentasen por lo menos, afirmando que le hizo matar para desembarazarse de su persona. Y alguno de los nuestros dice que se dixo; y no lo defiende, ni lo niega: descuido que, sin culpa de la intencion, se hizo semejante á la calumnia. Pudo ser que lo afirmasen, años despues, los Mexicanos por concitar el odio contra los Españoles, ó borrar la infamia de su nacion; pero no lo dixeron entonces, ni lo imaginaron: ni se debia permitir á la pluma, sin mayor fundamento, un hecho de semejan-

tes inconseqüencias. ¿Cómo era posible que un hombre tan atento y tan avisado como Hernan Cortés, quando tenia sobre sí todas las armas de aquel Imperio, se quisiese deshacer de una prenda en que consistia su mayor seguridad? ¿O qué disposicion le daba la muerte de un Rey amigo y sujeto, para la conquista de un reyno levantado y enemigo? Desgracia es de las grandes acciones la variedad con que se refieren, y empresa facil de la mala intencion inventar circunstancias, que quando no basten á deslucir la verdad, la sujetan por entonces á la opinion ó á la ignorancia, empezando muchas veces en la credulidad licenciosa del vulgo lo que viene á parar en las Historias. Notablemente se fatigan los estrangeros para desacreditar los aciertos de Cortés en esta empresa. Defiendale su entendimiento de semejante absurdo, sinó le defendiere la nobleza de su ánimo de tan horrible maldad, y quedese la envidia en su confusion: vicio sin deleyte, que atormenta quando se disimula, y desacredita quando se conoce: siendo en la verdad lustre del envidiado, y desayre de su dueño.

Inconseqüencia de esta calumnia.

Propiedades de la envidia.

Fue Motezuma (como diximos) Príncipe de raros dotes naturales, de agradable y magestuosa presencia, de claro y perspicaz entendimiento, falto de cultura, pero inclinado á la substancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos antes de llegar á la corona; y despues le dió entre los estraños

Juicio de las acciones de Motezuma.

Su valor.